

# *La chica de cristal*

(Monólogo)

Antonio Onetti

## PERSONAJES

ADOLFO.

### **Espacio escénico.**

**De frente al público una vieja silla de hospital, blanca y desconchada, sobre el escenario desnudo y vacío.**

**Entra un hombre en pijama, tímido, inseguro, mirando al público con ojos de perro apaleado. Hace una larga pausa y comienza a hablar despacio, tratando de aparentar seguridad.**

**ADOLFO.-** He contado esta historia cientos de veces, pero nadie me cree.

Mis amigos piensan con pena que se trata de una alucinación, de un espejismo. Para ellos está muy claro: la separación de mi mujer, un choque emocional y uno cae en picado.

Los médicos coinciden en este análisis, pero difieren entre sí con mucho acaloramiento pues para unos padezco psicosis patológica y para otros una patología neurótica. Tonterías. No entienden nada. No quieren entender. Se pasan la vida discutiendo y se olvidan de mí. Y yo, mientras, aquí, encerrado, pudriéndome. Negarlo sería muy fácil. El problema es que yo lo vi con mis propios ojos.

Todo fue muy rápido, como una puerta que se abre y se

cierra, pero lo recuerdo perfectamente. Aquel día, el día en que pasó todo, había estado trabajando en unas encuestas hasta pasada la hora del almuerzo. Por aquel entonces yo no pensaba más que en Candela, mi mujer. Bueno, en ella y en conseguir más dinero para hacerle regalos y llevarla al cine y qué se yo. Todas esas cosas. Así que por la noche trabajaba en el burger y el resto del día lo dedicaba a ampliar el presupuesto. Las encuestas se me daban bien y me las pagaban a seiscientas pesetas cada una. Un dineral.

El caso es que me había ventilado tres rutas distintas en una sola mañana; bajé del autobús en la Puerta del Sol y penetré en el metro muy contento. Oí un aviso y eché a correr, pero al llegar al andén sólo tuve tiempo de ver cómo el último vagón se colaba por el túnel. Hacía mucho que no tenía una tarde libre para estar con ella y lo único que deseaba era llegar a casa cuanto antes. Pero el tren se olvidó de mí, y allí me quedé.

Y entonces apareció la chica, caminando lentamente desde el otro extremo del andén. Debía tener unos veinte años. Llevaba una camisa blanca cerrada hasta los puños y una mini vaquera muy cortita para lucir las piernas, unas piernas elegantes, delicadas, torneadas por las medias, unas piernas de seda, rojas, como el bolso y los zapatos. No es que fuera muy atractiva, al contrario, pero era tan frágil, tan bonita, que causaba sensación.

Yo la observaba circular entre la gente, ajena a sus miradas, sin apenas rozar el suelo, como si no pesara nada y pudiera flotar. Al pasar frente a mí me miró con el rabillo del ojo y tuve que disimular. Pero se dio cuenta y unos pasos más allá se detuvo, sacó un cigarrillo del bolso y dando la vuelta vino directamente y me pidió fuego. Su voz era un hilo de agua. Tragué saliva y respondí que no, que lo sentía. Y ella se alejó.

Lo sentía de veras. Lo sentía por sus ojos empañados, como de mirar desde muy lejos, y porque cuando me habló noté cierta transparencia. Con Candela ya nunca sentía nada parecido. Las cosas no eran como al principio. Decía que buscaba, pero qué buscaba. Para mí no había más que ella en el mundo. Me mataba a trabajar para que no se fuera y a pesar de ello tenía miedo a perderla. Me engañaba con Rafael, mi amigo, y por las noches, cuando regresaba del burger, se hacía la dormida. Pensaba que no me daba cuenta, pero yo lo sabía. Nunca dije nada, pero lo sabía.

Cuando llegó el tren la chica regresaba fumando. Me levanté para acercarme a la vía y ella se colocó a mi lado. Las

puertas se abrieron frente a nosotros y subimos. Y en aquel momento ocurrió lo inevitable. En medio de aquella marabunta de viajeros que entraban y salían sus caderas chocaron con las mías un instante, un choqucito imperceptible, pero lo justo para que un escalofrío recorriera mi espalda hasta la nuca cortándome la respiración.

Me sentía avergonzado. Pensaba que Candela podía estar vigilándome a través de su bola de cristal. La imaginaba desnuda, carcajeándose, ordeñando a Rafael en mi propia cama, segura de que si algún día los descubría, ella, la hechicera, la bruja, y a tenía para echarme en cara mis malos pensamientos.

Pero la chica seguía allí, a mi espalda, dibujada en el cristal de la puerta, y su presencia era como un imán. Tenía el pelo lacio, del color de los albinos, y el flequillo le caía hasta la nariz haciéndole soplar de vez en cuando para evitar el cosquilleo.

Mientras más culpable me sentía más me costaba apartar la vista de ella. Fumaba ansiosamente y sonreía. Con la mirada triste, sonreía. Con el alma en los ojos. Como una chica de Andrómeda viajando en su propio vagón, en su propio tren, en su propio Madrid.

Tiró la colilla y la pisó. Con su piernecita roja y de seda la pisó, con su zapatito rojo de piel de cocodrilo la pisó. Y la colilla era yo, desparramado y solo, aplastado por Candela.

Al llegar a la estación el tren se detuvo y las puertas se abrieron. La gente subía y bajaba dejando en el aire sus fétidos olores animales. Luego se reanudó la marcha e inexplicablemente di un bote y me agarré al pasamanos. La chica se acercó y me preguntó por sorpresa: "¿Bajas en la próxima?". Me dejó petrificado. Aquellos ojos vidriosos, de canica machacada, abiertos como túneles... Los nervios se me endurecían por momentos. "¿Cual es la próxima?", pregunté al fin. "Palos", respondió. Palos. Tenía la boca grande pero no mostraba los dientes al sonreír y eso me inquietaba. "Sigo hasta Delicias", concluí, y la chica dejó escapar una risita que en aquel momento se me antojó estúpida, y hasta mostró los dientes. Y luego mintió que ella también, y me dio la espalda. Comprendí que esperaba alguna respuesta de mi parte, pero no sabía qué hacer. Estaba desconcertado. Me sentía pequeñito y ridículo, colgado de aquella barra que me quemaba la piel.

Entre tanto el tren seguía su camino. Al poco la chica se volvió y colocando su mano sobre la mía en una caricia me habló de nuevo. Se estaba deshojando, lágrima a lágrima, y

yo me rompía por dentro de pensar que todo era inútil, que Candela no me dejaría. Me preguntó con su vocecita si estudiaba. ¿Qué iba a pensar con el cante que daba la carpeta? "En realidad soy escritor", dije. Fue lo primero que se me vino a la cabeza. Luego me preguntó el nombre y se lo dije, y enseguida me di cuenta de que no escuchaba las respuestas, sólo se abría camino.

Estaba tan cerca que casi podía besarla sin mover los labios. Se acercó más y me susurró al oído: "Qué rara es la gente, ¿verdad?" No podía creerlo. "Qué rara es la gente" Parecía un sueño. Su voz resonaba como un eco en mi interior. Y la miraba. Miraba sus pupilas diminutas, su piel de leche, su corazón abierto de par en par...

"¿Me invitas a una caña?", suplicó. "Ahora o nunca", pensé. "Esta es tu chica. Ve con ella y ámala". Pero sólo fui capaz de decir: "Voy a casa. Aún no he comido." "¿Me invitas a comer?", insistió. "No puedo", dije, sin querer, porque no era yo, era Candela que hablaba por mí. Era Candela.

Fue admirable. Le estaba derrumbando la moral y no apartaba la mano. Si se hallaba en otro mundo, el único camino de regreso era aquel contacto de piel a piel. Pero Candela se salía con la suya, y yo apretaba la barra y me quemaba y sangraba por la palma.

Por fin llegamos a mi parada y se abrieron las puertas. Retiré mi mano con cuidado y la dejé pasar. Sabía que aún le quedaba una esperanza, y colocándome a su espalda pensaba ganar tiempo. La chica bajó despacio, sin mirarme, y entonces me adelanté: "¿Cómo te llamas?". "María", respondió animada. "Adiós, María." Adiós.

Supongo que se hundió definitivamente. La dejé atrás y caminé hacia la salida. No necesitaba darme prisa para ganar terreno. Conocía su paso y sabía que no me alcanzaría. Salí a la superficie sin volver la cabeza, mejor dicho, sin atreverme a volver la cabeza, porque estaba seguro de que me seguía.

Ya no quería pensar más en la chica. Intentaba centrarme en Candela. Ahora la imaginaba hermosa al abrirme la puerta de nuestro piso alquilado, mostrándome una escupidera en la que Rafael, mi amigo de toda a vida, el amante de mi mujer, yacía ahogado en su propio esperma, y era feliz de nuevo.

Llegué a casa, subí las escaleras de tres en tres, corrí por el pasillo, abrí la puerta... y no había nadie. Sobre la mesita divisé una nota con la letra de Candela. Casi me alegré. Y de repente... ¡CRASH...! Aquel ruido de cristales estallando en

mi cabeza. No, en mi cabeza no, fuera, en el exterior, delante mía, detrás, a mi alrededor, por todas partes aquel ruido de cristales rajándose los tímpanos, la cara, los ojos, el cuerpo entero cubierto de cristales que caían del cielo.

Escaleras abajo eché a correr, desbocado, atropellando. En la calle me abría paso entre los coches que frenaban y hacían sonar el claxon. Y yo corría, gritaba tras la imagen de la chica, buscando sus ojos agrietados, incandescentes, como sus zapatos y sus medias de seda. Presentía que la estaba perdiendo para siempre.

No me equivocaba. Junto a la boca del metro divisé un revuelo y me acerqué corriendo. "No pude evitarlo", lloraba un taxista destrozado. "Ustedes lo vieron. ¡Ella se arrojó!". Y la vieja del tabaco le apoyaba: "Es cierto, es cierto, yo lo vi."

No había sangre. Sólo un zapato rojo de piel de cocodrilo entre un montón de añicos esparcidos bajo el taxi: el cadáver de la chica de cristal.

Recogí el zapato y me alejé, conmocionado, llorando, con aquel estallido de cristales incrustado en mi cerebro, su voz de agua y sus ojos de vidrio.

Nadie me cree, pero tengo la prueba, tengo el zapato. Su zapato.

**(Saca de entre sus ropas un zapato rojo de piel de cocodrilo.)**

**(Era tan frágil, tan suave, tan bonita mi chica de cristal.)**

**(Oscuro final.)**